



LA RÁBIDA

REVISTA COLOMBINA IBERO-AMERICANA

Redacción y Administración: SAGASTA, 51

AÑO VI Huelva 30 de Junio de 1916 Núm. 60

DIRECTOR PROPIETARIO: JOSÉ MARCHENA COLOMBO

RUBÉN DARÍO

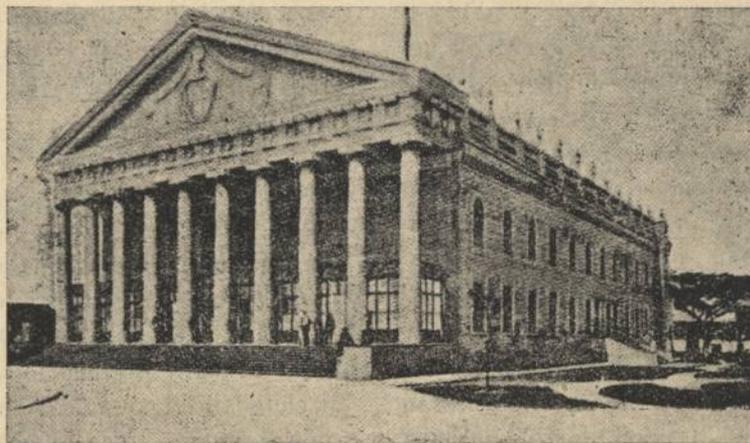
Pinceladas de Apoteosis, por Alejandro Bermudez (*)

En el corazón de la América se ha sentido una conmoción extraña, mezcla de dolor y asombro. Se ha escuchado un crujido, se ha visto un intenso resplandor, y una vibración inquietante ha recorrido los nervios del Continente, ante el prodigio de una gran figura que se desploma y, al mismo tiempo, se levanta, transformada en lampo hacia los divinos éteres en que flota el espíritu de Dios.

El cielo se abre en luminosas rompientes, para recibir el fragmento de eternidad que se escapó de aquella Vida, que fué combustión de pensamiento, chispear de estrellas entre las frondas oscuras, manso raudal de armonías escapado de una montaña de tristeza, caricia de luna sobre las frentes ensombrecidas por la ausencia del Ideal, néctar divino en los bordes de la copa acibarada por la sordidez del mundo; suavidad de aleteo, ritmo de elegancia, cinta de seda que se desenvolvía en el azul, llevando escritos entre sus pliegues ondulantés, los misteriosos signos de la Belleza y del Ensueño.

La torre de marfil crujió desde sus cimientos al sentir sobre la cúpula sagrada la gravitación del

(*) Fantasía mística publicada en la edición extraordinaria que el *El Diario del Salvador* consagró a la memoria del gran poeta el 13 de Febrero de 1916, día de sus funerales.



BUENOS AIRES.—Palacio de la Bolsa

genio, en el instante supremo de emprender su vuelo definitivo hacia las cumbres de la Eternidad. Los golpes de ala rasgaban la quietud aparante del vacío, y al frote de los átomos siderales se produjo una claridad subitánea, que llenó las rutas abandonadas por las sombras que se ahuyentaban dispersas.

Un clamor de huracán estalló en las azules concavidades; algo extraordinario de confusión y sorpresa, como el torbellino que formaran al escaparse mil pájaros asustados, turbó la quietud abismática del cielo; y a los toques de alarma, se pusieron en guardia las legiones que custodian el Templo de

cristal en que ofician los Elegidos, los Constructores de mundos, los Exploradores de cielos y de almas, los Báculos de la humanidad, las Tiaras de la Belleza, los Pescadores de estrellas; los Orfebres, los Cinceladores, los Magos del color, los Buscadores de verdad, los Apóstoles del bien y los Emperadores de la rima.

Un coro de ángeles, con espadas flamígeras y trompetas de oro, remontó el espacio y escrutó los abismos; y desde el fondo de la celeste ilusión surgió una gran voz, que decía:

—¿Quién se acerca con tanto rumor y tanta audacia a los dominios infrangibles de la Inmortalidad?

Y el doliente peregrino, recién escapado de la escoria terrenal, respondió con acento profundo:

—¡Yo!

—¿Y quién eres tú? ¿Qué has sido en la vida para venir a descorrer las cortinas de púrpura que velan nuestras sagradas puertas inviolables?

—«Yo soy aquél que ayer no más decía el verso azul y la canción profana y hoy busco, como Pablo de Tarso, el gran refugio de Dios. Yo hice de mi corazón un vaso de perfumes milagrosos y de mis nervios sensitivos el cordaje de una lira divina.

»Yo nací en la oscuridad, así, al acaso, y venía enfermo de una enfermedad incurable: el amor a la Belleza. Tuve hambre de espacio y sed de cielo, desde las sombras de mi propio abismo; y me atraía el mal, y filtraban sus gotas de miel sobre mi cáliz las tentaciones engañosas. Pero yo busqué la luz para no caer en los precipicios, y me puse sobre los hombros un par de alas para subir a las montañas y remontarme a la región de las estrellas. Y así ascendí y vagué por mundos ideales y distantes, y llevé a los hombres las perlas de mis sueños y las músicas no escritas de un armonioso más allá...

»Yo consumí la mísera materia de mi cuerpo entre los excesos del placer y la voluptuosidad suprema de crear; pero sobre cada pecado escribí un canto a la virtud, y en derredor de la charca putrefacta dejé sembrados lirios de las riberas del Carmelo y rosas de los jardines de Nazareth.

»Yo tuve para los que me amaron la crueldad inconsciente de los niños, no los amé como debía; pero, en cambio, fui bueno para los que me hicieron mal, y tuve en mi pecho, para todos y para todo, la clemencia sublime de Jesús.

»Ante muchos dolores que pedían misericordia, pasé indiferente, porque tal vez no me presentaran el perfil estético, que era lo único que yo buscaba con ojos de ilusión entre las zarzas de la vida. Yo dudé de los fieles y me dejé llevar por los infieles; hubo suspiros que no escuché y lágrimas que no fueron enjugadas por mi mano; pero en todo eso no intervenía mi *yo*, porque esa libélula celeste andaba siempre lejos de mí, fuera del ambiente ordinario, buscando ritmos y formas, mármoles ilustres y gemas refulgentes, para hacer a los mortales el regalo exquisito de mis versos.

»Y por esa discordancia entre las realidades existentes y mis divagaciones de soñador incorregible, la fatalidad me poseyó; el ánfora funesta del divino veneno fué para mi vida la tortura interior, y la melancolía se adueñó para siempre de los jardines de mi corazón. Fui un gran triste, porque tuve un alma sentimental, sensible y sensitiva; y llegué a convencerme de que no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo, ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

»Yo pequé como Verlaine, pero sufrí como

Verlaine y recé como Verlaine... Las mujeres fueron para mí, si no pretextos de mis rimas, fantasmas de mi corazón. Enemigo de la exégesis, fui señor de la palabra, y la palabra fué una sierva que se plegaba dócilmente a mis caprichos; pero, a pesar de todo, siempre procuré expresarme lo más noble y altamente en mi comprensión.—Rodó, que se ha quedado todavía cincelandó estatuas de belleza en los talleres de su ingenio, dijo cariñosamente de mis versos, que nacían preciosos y refinados de mi lira interior; que eran de una distinción impecable y gentilicia y que parecían brindados sobre la espuma que rebosa de un vino de oro en un cristal de bacarat o en la perfumada cavidad de un guante que apenas se lo hubiese quitado una mano principesca.

»Pero ¡ay! cómo estaba sembrado de cardos y ortigas el camino de mis peregrinajes! ¡Cómo destrozaron mis plantas los guijarros de la envidia y llenó de discordancias mi sentido estético, la estulticia de los críticos de parroquia! Me hicieron sangrar y me hicieron sonreír de una manera desdeñosa y compasiva; pasé sobre ellos sin mirarlos y jamás desgajé de mis frondas ocultas ni una hoja, ni una flor para arrojárselas encima. Mi intelecto libré de pensar bajo...

»Las musas helénicas me condujeron a la Arcadia pastoril y rumorosa, a la formidable Athenas del Parthenón, a la divina fuente lustral, donde bañé mi alma y la purgué de impurezas y maldad; y así adquirí el amargo dón de la armonía, para sufrir y cantar toda mi vida, para consumir mi espíritu en una lenta disgregación de partículas luminosas y cadenciosas, que un viento de Dios desparramaba por el mundo, como luciérnagas de plata o arpegios errabundos de liras y flautas invisibles.

»Sobre las espumas de las castalias linfas ví flotar a los Cisnes, tan ilustres como Júpiter, y me atrajeron con su hechizo esas blancas urnas de la armonía; llegué a ellos, acaricié con mis manos de Marqués sus alas eucarísticas, les mostré mi corazón, puro y musical; me comprendieron, endulzaron mis labios con sus picos de rosa, en ósculos de amor, y desde entonces fueron mis hermanos en la suave inspiración y en la castidad excelsa de los sueños.

»Pegaso me llevó sobre sus lomos a la Montaña Sagrada, desde donde contemplé paraísos estupefactos, Atlántidas remotas, Babilonias confusas, Golcondas diamantinas y Calvarios sangrientos.

»El viejo Baco me ofreció el terrible jugo de sus viñas y bebí con pasión la delicia venenosa hasta sentir ganas de llorar. Y lloré sobre la copa, que era mi cáliz de amargura, y muchas veces me bebí las lágrimas y el vino.

»La siringa de Pan me hizo estremecer, y fui perseguidor de ninfas, como él, pero enardecido por una lujuria cerebral en que el amoroso contacto resultaba ennoblecido por la estética del pensamiento. Amar por puro instinto no fué nunca mi pasión; yo estrujé los frescos racimos de la carne para llenar de un buen vino de inspiración y de tiernos subjetivismos, las ánforas de mi poesía.

»Sobre la barca de Ovidio crucé el mar sonoro y azul, que era el espejo de mis vagas ciudades de los cielos; ví en el abismo de abajo retratados los abismos de arriba, y sentí miedo de mi pequeñez. Las brisas de Roma infundieron nuevos alientos a mi espíritu y alimentaron las raíces de mi fé. Amé aquel arte suntuoso, aquellos poetas inmortales, aquellos santos humildes. Fui un florentino del Renacimiento, y me apasioné tanto de aquellos domos soberbios y de aquellos pueblos de estatuas, como de los finos puñales, decorados con la cruz, y de los ricos pomos, con filtros venenosos, que solían llevarse entre los escotes de las damas aristocráticas o entre los bolsillos de raso de los ornamentos cardenalicios. Mi devoción era, pues, por la belleza de las formas y por la exquisitez de las maneras, aunque esa exquisitez y esas formas fuesen ocultas entre las tibias blondas o las crujiertes sedas del pecado.

»De todas mis lecturas, de los poemas paganos, de las severas filosofías, de los sagrados textos, de los martirologios, de las divinas parábolas, yo supe extraer la quinta esencia, la gota de miel, el reflejo astral, para diluirlos en los elixires de mi pensamiento y cristalizar los caprichosos arabescos de mi poesía.

»El agrio Schopenhauer y Federico el rebelde, me inspiraron miedo. En cambio, besé de rodillas la orla del manto regio del buen Hugo; Mallarmé me hizo entrar en el maravilloso laberinto de su estética; Gautier me facilitó sus guantes de seda y su pluma de cisne para que yo escribiera algunos de mis poemas diáfanos; Santo Tomás fué mi profesor; Juan el de Patmos, mi compañero en trágicas visiones, y el mínimo y dulce Francisco de Asís me dió su resignación santa y su beatitud humilde, con las cuales llegué fatigosamente al término de mi viaje.

»Mi breve confesión se resume así. Fui un gran triste, soñador y sensitivo, toda mi vida, y al final de ella, un pobre supliciado. Amé la Belleza y no hice mal a nadie; a las agresiones del mundo correspondí con un raudal de armonías. Mi Psiquis, divina mariposa de cristal, repartió sus dos alas entre la Catedral y las ruinas paganas, y al abandonar la estatua de lodo que le servía de cárcel, voló a posarse en uno de los clavos de Nuestro Señor...

»Morí con mi lira al pecho y con mi pensamiento en Dios, y me llamé Rubén Darío.»

* * *

El silencio que siguió a la severa relación del peregrino, se fué llenando poco a poco con el eco de las últimas palabras: ¡Rubén Darío!

¡Rubén Darío! repitieron los heraldos celestiales. ¡Rubén Darío! murmuraba el viento, respetuoso y solemne. Y los ecos se esparcían, se dilataban por el ámbito profundo, hasta llegar a los oídos atentos de los moradores y oficiantes del Templo de cristal.

Las nubes abrieron paso a los coros de ángeles, que se alzaron revoloteando por los cuatro puntos del espacio, y luego, con sus trompetas relucientes y sonoros repiques de campanas, anunciaron la alegría de una gran fiesta en el cielo.

El poeta victorioso era ya un ser transfigurado: su personalidad incorpórea comenzó a definirse en un organismo transparente; el corazón se le miraba como un manojo de rosas, el cerebro como un nido de ruiseñores y los nervios sensitivos, como cuerdas de un instrumento divino.

Las nueve musas aparecieron de pronto entre las gasas sutiles del amanecer, y le besaron la frente, le ungiéron con delicadas esencias, cubrieron sus hombros con una clámide estrellada y le hicieron subir a una carroza de nácar, tirada por cien Cisnes Wagnerianos.

Entre fulgores ígneos y rodeada de genios tutelares que entonaban cantos litúrgicos, descendió la Gloria para ceñir su frente apolínea con la corona de olímpico laurel.

Las tres Gracias traían ramos de rosas frescas para el Elegido, y esparcían pétalos perfumados por la senda luminosa que iba a recorrer hacia la Inmortalidad. Dulces canéforas aprestaban cestas de mimbre, repletas de jugosos racimos y de manojos de mirto, para arrojarlos bajo las ruedas del carro deslumbrador. Miriadas de mariposas azules, de coleópteros tornasolados y de libélulas transparentes, formaban toldo irisado y ondulante sobre la noble cabeza consagrada. Legiones de ángeles y geniecillos alados, portadores de flautas y de liras, de palmas, de flores y de incienso, llenaban el espacio de blancura, de sonoridad y de perfumes.

Los heraldos anunciaron con sus clarines de oro que empezaba la Marcha Triunfal, y el inmenso cortejo se puso en movimiento, con un pausado ritmo y un decoro solemne, como es de ritual en las ceremonias fastuosas presididas por un Rey.

Las blancas alas de los Cisnes se abrieron y remaban en el éter, como haciendo signos llamativos a todos los moradores del alcázar inmortal. Y apa-

recían en la ruta las figuras eternas de los consagrados por la gloria, de todos aquellos que iluminaron y embelesaron el mundo, que derramaron sobre los horizontes oscuros fulguraciones de armonía y de verdad.

El venerable Homero miró de lejos la carroza de nácar, y dijo: «Es él; su nombre llegó hasta mí». Anacreonte exclamaba: «Le conocí; estuvo en mi huerto y saboreó la rica miel de mis higos». Píndaro, levantando un instrumento de oro, gritó: «¡Salve, vencedor! Me escribiste mensajes que comprendieron las cuerdas de mi lira!»

Dante y Virgilio arrojaron a sus pies blancos jazmines de Italia, y discurrían: «Lleva nuestra sangre, conoció nuestros secretos, vibró con nuestro ritmo». El enorme Shakespeare, enfocando su telescopio, le vió venir y exclamó con su hondo laconismo: «Sí, que pase; cumplió su destino dignamente». El gran Hugo, padre del simbolismo, delicado y reticente, apareció con Mallarmé, Verlaine, Jean Moreas y Rimbaud, y dijo:

«Es nuestro amado discípulo; llenad de rosas de Francia su carro vencedor.»

Y así los demás, ennoblecían el desfile con himnos de alabanza y arrojaban a los pies del Emperador de la Rima sus ofrendas consagratorias: los parnasianos, palmas y hojas de laurel, y los modernistas, lirios de Versalles, magnolias de Bretaña, orquideas de América, claveles de España, erisantemos de Oriente y nelumbos de las riberas del Rin.

Las músicas atronaban el cielo, y el incienso y la mirra subían en vaporosas espirales hasta la altura infinita en que el Soberano Rey Sol derramaba sobre el abismo la lluvia refulgente de sus ígneas radiaciones.

El Templo de la Inmortalidad apareció en lejanía azul, con una magnificencia de fantasías orientales. El cortejo se aproximaba lentamente, y una emoción suprema invadía las almas y los átomos etéreos.

En una nube impoluta, como suspensa en la celeste claridad, apareció una figura sonriente de bondad y de dulzura, que esbozó en el espacio el signo de una bendición. Era el Papa Blanco, el de las manos liliales, que así ofrendaba al ungido glorioso los albos lirios del amor y la clemencia.

La procesión se detuvo frente al pórtico diamantino; rechinaron los áureos goznes, se abrieron las sagradas puertas, y entre resplandores y truenos y cantos de Epifanía, apareció majestuoso y sonriente el Buen Jesús.

El transparente peregrino bajó súbitamente de la carroza de nácar, se acercó al Redentor, dobló sus rodillas ante la sacra figura, besó con devota

unción sus sandalias nazarenas y, en un raptó de sublime fervor, se arrancó del pecho el corazón y lo arrojó como una brasa al incensario divino.

El blondó Galileo lo estrechó cariñosamente entre sus brazos, lo cubrió con su manto azul, recamado de estrellas; y así unidos y silenciosos, se alejaron lentamente, hasta perderse en las penumbras misteriosas del Magnífico Santuario...



POMARROSAS

En las orillas de los viejos ríos,
que llevan sus corrientes rumorosas
por los bosques recónditos y umbríos,
nacen las pomarrosas
pálidas, escondidas, aromosas,
lejos del sol, como los versos míos...

En el suelo feraz, que el agua inunda,
yérguese el tronco en la raíz profunda,
al son perpétuo del raudal sonoro:
¡y absorbe, en cada poro,
el jugo que le nutre y le fecunda
y el resplandor de sus manzanas de oro!

Como los astros, al tocar su meta,
brillan las pomarrosas reflejadas
en el móvil cristal de la onda inquieta...
¡y como las granadas
y como las canciones del poeta
flotan sobre la tierra coronadas!

¡Oh, fruto, en que la flor se transfigura,
sin dejar de ser flor! ¡Tierna hermosura,
que la fragancia con la miel reparte,
y es perfume y dulzura
y símbolo, en que muestra la natura
la virginal maternidad del arte!

¡Cuán misterioso de la tierra el seno!
La sombra de la muerte se difunde
en el abismo, de amarguras lleno...
¡El tártago se hunde
y, en vez del néctar de la vida, infunde
y alza a la flor maléfica el veneno!

Mas, no la pomarroza, que transmuta
en rica savia y en potencia fuerte
la ponzoña que infiltra la cicuta...
¡Así mi alma convierte,
como el arbusto de la blanca fruta,
la sombra en luz y en navidad la muerte!

¡Amor! ¡Dolor! ¡Corriente combatida!
¡Esperanza inmortal! ¡Anheló santo!
¡Ondas de mi alma y ondas de mi vida!
¡Fecundidad del llanto!
¡Renacimiento de la fé perdida!
¡Pomas del bien y rosas de mi canto!

¡Benedicid a las áureas pomarrosas,
que en las orillas de los viejos ríos
se elevan escondidas y aromosas!
¡A mad los desvaríos
del alma triste, que en los versos míos,
saca los frutos del abismo en rosas!

José de Diego

LA ESPAÑA NUEVA

Con este título publica un interesante artículo el número de *El Mundo*, de la Habana, llegado últimamente a Madrid.

De él copiamos los párrafos siguientes:

«Los ingenieros españoles—dice *The Times*, de Nueva York—han terminado recientemente en las cataratas del Niágara una obra, en cuya ejecución los americanos estaban pensando desde hace varios años. Calladamente, han construido su línea aérea de 600 metros de largo, sobre los famosos rápidos, para el transporte de pasajeros. Es la mayor y, probablemente, la más segura de todas las de su clase que existen en el mundo.»

En efecto; acaban de efectuarse las pruebas oficiales ordenadas por el departamento de Obras públicas de la provincia de Ontario (Canadá) para comprobar si ofrecerá peligro a los que la utilicen. Y a pesar de que el experimento fué muy severo, pues consistió en el funcionamiento del carro colgante, después de haber sido colocadas en él piezas de hierro cuyo peso total era mayor tres veces que el número máximo de pasajeros que debe conducir, el éxito ha sido completo, y tan pronto como expida el Gobierno de Ontario el permiso quedará abierta al servicio público la nueva vía, cuya inauguración debe coincidir con la de la temporada veraniega. El nombre inglés de esa Empresa es «The Niagara Spanish Aerocar C.º Limited».

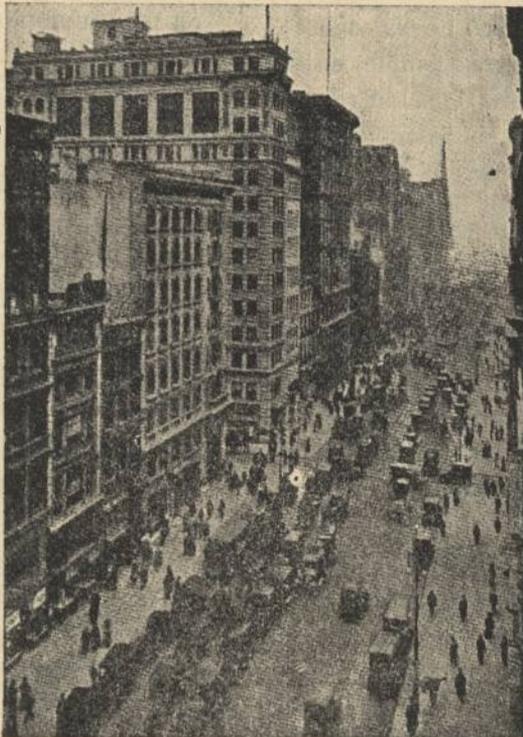
No he de cansar a mis lectores dándoles nimia relación de los detalles científicos de la obra de que me estoy ocupando, a la que han consagrado en estos días importantes trabajos casi todos los periódicos de los Estados Unidos y el Canadá, desde el *Canadian Engineer* hasta el *Toronto Mail and Empire*, y desde el *Scientific American* hasta *New York Globe*; pero sí creo indispensable, para que puedan formarse idea de la obra realizada, decir que ésta consiste en la extensión de seis gruesos cables de acero, desde Thompson's Point en una orilla hasta Colts' Point en la otra, de los

cuales penderá el carro, el cual, al deslizarse sobre la eterna ebullición de las aguas, que el bajar impetuosas de las cataratas y encontrar estrechado su cauce, repentinamente se sublevan y alborotan, bullentes, airadas, locas, formando uno de los más hermosos espectáculos que a ojos humanos es posible contemplar, permitirá ver éste de cerca y sentir la impresión directa de su ebullición y la caricia de sus espumas.

Es una empresa netamente española, radicada en Bilbao, con capital español, que ha traído de España todo su material, los cables de acero, los

carros y la maquinaria, y de la que han sido ejecutores Gonzalo Torres, ingeniero madrileño, hijo del inventor antes mencionado, ideador del sistema que hizo posible la hazaña, y Antonio Balzola, bilbaino y administrador general de la Compañía. Estos dos últimos han sido los héroes de ese éxito, pues se han visto obligados a sufrir un verdadero «via-crucis» antes de lograr la realización de sus propósitos, que a otros menos perseverantes y resueltos que ellos habría arretrado.

Fueron obstáculos enormes los que surgieron en el camino de los dos ejecutores en los seis años que llevan empeñados en la batalla recién terminada: la adaptación de sus planes a las con-



Una calle de Buenos Aires

diciones locales; los estorbos que aún en los pueblos sajones opone siempre el hombre a lo nuevo; la lucha terrible con los intereses creados, que en todas partes son formidables, y, luego, la situación peculiarísima del lugar donde tuvieron que emplazar su obra. Para que el lector pueda conjeturar lo que Balzola necesitó hacer, es preciso que piense en estos detalles: las dos márgenes sobre las cuales habrían de asentarse las bases de la nueva vía aérea son canadienses; pero el caudal de agua es del Gobierno federal de los Estados Unidos, y el lecho del río pertenece al Estado de Nueva York. Es decir, que necesitó obtener permiso en Toronto, en Washington y en Albany. Fué necesario que le autorizasen tres Gobiernos. Pero no era eso todo: la Comisión del «Victoria Park», encargada de velar por la conservación de las bellezas naturales de la parte canadiense de las cataratas, se opuso a cuan-

to pudiera desfigurar las márgenes del río, y la Empresa del tranvía que circunvala las cataratas, alegando sus derechos establecidos, logró que se prohibiera la construcción de cualquier clase de edificios que resultasen más altos que sus líneas. Esto hizo que Gonzalo Torres aguzase el magín para hacer sus dos estaciones, horadando las rocas, fabricando como dos inmensos nidos de águilas para la maquinaria y el sostén de sus cables y para recibir y descargar pasajeros. Ahora les llega la hora del triunfo compensador de aquellas dificultades. No son pocos los que predicen que la Empresa ganará muchos millones de pesos.

He ahí un triunfo de la España nueva, vigorosa, creadora, que los que recordamos que en esa nación nacieron nuestros padres debemos reconocer jubilosos. Podemos hacerlo sin reservas ni restricciones y sin temor de que se nos juzgue por ello como deseosos de agitar los incensarios de la adulación ante la que fué nuestra madre patria, porque no es ella la España colonial ni la España militar que nosotros conocimos, sino el pueblo que, rectificando sus yerros pasados, ofrece la primera prueba exterior de la portentosa transformación que ha producido en él la pérdida de su soberanía en América y la concentración e intensificación subsecuentes de las energías de sus hijos.

Además, algo corresponderá de esa gloria a la raza toda, y a las subrazas que proceden de aquel gran tronco hispano, si, como es de esperar, vemos todos en ella algo más que su significación española y la consideramos como un estímulo y un ejemplo, para abandonar las rancias ideas enmarañadas en nuestro pensamiento, que le roban la savia y le nublan la percepción, según las cuales somos superiores a las otras razas porque idealizamos más.

Así creemos realizar obra inmejorable consagrando por entero nuestros empeños y nuestra inteligencia a obras de adorno destinadas al recreo de la imaginación, complaciéndonos en dar de mano cuanto sea de utilidad, que consideramos indigno de nuestro gusto refinado de pueblos históricos, y abandonamos a los hombres de las razas nuevas nuestros países, en Europa y en América, para que los inunden con sus empresas atrevidas, tejiendo redes ferrocarrileras sobre nuestros territorios, salvando los obstáculos naturales de nuestras montañas, explotando nuestras riquezas minerales y nuestro comercio o nuestras industrias, imponiendo en todas partes la superioridad de sus obras, mientras nosotros, refugiados en las ciudades, templamos nuestros laudes, preparamos nuestros pinceles, cantamos nuestros amores o añoramos nuestras glorias guerreras, considerando el éxito o el fracaso de nuestro empeño como término natural de la vida.

Ojalá esa victoria española nos haga ver que se puede triunfar e intelectualizar, al propio tiempo que se crea algo sólido y útil, y en vez de reinos de los que consagran su empeño e inteligencia a empresas industriales o comerciales, nuestros cerebros superiores, como esos de los españoles del Niágara, empiecen a idear empresas, a resolver problemas de ingeniería y a tener perseverancia en los propósitos, dejando que la poesía y la música y la pintura sean una parte y no toda la manifestación de nuestra vida; buscando, como los yanquis, como los ingleses, como los alemanes, como los franceses, empleo a las iniciativas y al vigor de la raza en toda la amplitud del mundo.

ATTACHE

(Del *Mundo Latino*.)



CANTOS DE REBELDÍA (*)

ULTIMA ANDANZA

No tengo, Don Alonso, tu rígida armadura,
tu resistente escudo, tu poderosa lanza;
pero voy a buscarlos, por la escondida altura,
en un secreto rumbo que ignore Sancho Panza.

Ofrézcame el prodigio de la última aventura;
yo quiero acompañarte en la postrera andanza,
y quiero, Padre mío, que alientes mi esperanza
con el divino soplo de tu inmortal locura.

Seguir tus firmes pasos desde el Toboso quiero;
besar la tierra donde se irguió tu planta altiva;
una noche en la Venta armarme Caballero...

¡Alzar sobre las ondas del Caribe tu acero,
y en la llorosa frente de mi patria cautiva
imponer, alcanzado en la noche, un lucero!

ULTIMA ACTIO

Colgadme al pecho, después que muera,
mi verde escudo en un relicario;
cubridme todo con el sudario,
con el sudario de tres colores de mi bandera.

Sentada y triste habrá una Quimera
sobre mi túmulo funerario...

Será un espíritu solitario
en larga espera, en larga espera, en larga espera...

Llegará un día tumultuario,
y la Quimera, en el silenciario
sepulcro erguida, lanzará un grito...

¡Buscaré entonces entre mis huesos mi relicario!
¡Me alzaré entonces con la bandera de mi sudario,
a desplegarla sobre los Mundos
desde las cumbres del Infinito!

José de Diego

(*) Del libro que con este título aparecerá en breve.

Valioso ofrecimiento

Madrid, Junio 1916.

Sr. D. José Marchena Colombo

Huelva.

Mi muy distinguido amigo: Recibí su atenta carta y los interesantes números de LA RÁBIDA, que considero valiosísimo obsequio. Es una revista muy bien hecha y está prestando grandes servicios a España y a las repúblicas de América que hablan nuestro idioma. En cuanto pueda yo ser útil a usted en su patriótica y humanitaria obra, cuente con mi modesta cooperación. Las circunstancias en que vivo (ya se las habrá explicado nuestro querido y admirado Labra) y los quebrantos de mi salud, me impiden tener el honor inmenso de corresponder a su invitación amabilísima de ir a Huelva y saludar a los patriotas colombinos, amigos y compañeros de usted en sus ideales humanitarios. Pero mi pobre esfuerzo estará siempre con vosotros. Mándeme datos sobre ese monumento para escribir sin demora algo sobre el asunto, como comienzo de una campaña, y disponga usted en todo de su admirador y amigo agradecido, q. e. s. m.,

José de Armas

* * *

El periodista y escritor ilustre que es un gran prestigio de las letras y una autoridad respetadísima en la prensa del mundo, nos hace un ofrecimiento que la Colombina sabe estimar en todo su valer y que está dispuesta a utilizar si desgraciadamente no fuera escuchada su voz y tuviera que pedir fuera de España para terminar el Monumento a los Descubridores.

Sabe el señor de Armas cuanto lo admiramos y cuán agradecidos estamos a sus bondades, siendo para nosotros inolvidable la tarde en la que, después de aplaudirle su maravillosa conferencia sobre *El Quijote*, tuvimos el honor de ser presentado al ilustre cubano por don Rafael María de Labra.



SURSUM CORDA

Había oído hablar de José de Diego y de la labor tan extensa como intensa que en pró de la cultura hispano-americana y de la aproximación de todos los países de idioma español viene realizando. Y se me presentó ocasión de oír al luchador, portorriqueño por su nacimiento fisiológico, español por su nacimiento a la vida de la Ciencia.

Dos veces oí su palabra elocuente, en la Unión Ibero-americana y en el Centro de Cultura Hispa-

no americana, y ambas, sobre todo la primera, pues la segunda, por el tema elegido, no se prestaba tanto a ello, me pareció oír aunque expresado con otras palabras las apostólicas de «levántate y anda».

Los pueblos como el español, tienen vida bastante para no resignarse a morir, sienten ansias tan inexplicables como innegables de perpetuarse, de no desaparecer, de conservar lo que les individualiza, y de realizar el ideal que justifica su vida.

¿Cuál es el ideal de los españoles, de los iberos, esparcidos por sobre la Tierra? José de Diego lo dijo. Los que le oímos lo recogimos: El Amor.

Por éste descubrimos un nuevo Continente, por él despreciamos como cosas deleznable la Industria y el Comercio, por él nos metimos y nos meteremos en aventuras por espíritus no españoles calificadas de quijotescas. No reneguemos de ello. Pero siquiera por una vez rectificemos al héroe cervantino. Probemos la celada por segunda vez: reforcémosla con esa Industria y ese Comercio, nada más que como medios de fines más altos.

Algo así decía José de Diego.

¡Levantemos los corazones!

Ramón Lafarga y Crespo

Juez de primera Instancia



El Cine y la Historia

LA VIDA DE COLÓN

Una película costosísima, que obligará a más de 2.000 personas a recorrer España.

«Ha llegado a Barcelona el súbdito norteamericano R. M. Charles Diosner, que ha venido a España con el propósito de impresionar una película cinematográfica titulada *La vida de Colón*, en la cual se emplearán más de 2.000 personas, habiendo contratado, para el mayor lucimiento, a los mejores artistas americanos y franceses.

Para realizar tan magna empresa, el embajador de los Estados Unidos ha pedido a nuestro Gobierno que se den todo género de facilidades en los diferentes puntos del recorrido.

Esta numerosa compañía irá a Tordesillas, donde Colón celebró la primera entrevista con la Reina Isabel; a Valladolid y Santa Fé de Granada, donde también estuvo con su hijo don Diego, luego duque de Veragua, para el mismo fin; a Toledo, donde el descubridor del Nuevo Mundo recibió de S. M. los fondos necesarios para la excursión; al Monasterio de la Rábida, donde un día llegara

buscando hospitalidad; a Huelva, Sevilla y demás puntos que las crónicas citan como visitados por Colón.

La parte de película que se hará en el Tinto, la Rábida y Palos será en extremo interesante, pues la Empresa ha encargado tres carabelas idénticas a la *Niña*, la *Pinta* y la *Santa María*.

El ministro de Estado ha teleografiado a los gobernadores de las provincias a que corresponde el recorrido para que los operadores de esta película grandiosa puedan realizar su trabajo con toda brillantez.

También han sido contratados varios artistas catalanes, y una acreditada sastrería ha empezado ya la confección del lujoso vestuario de la Corte de los Reyes Católicos, que habrá de reproducirse con toda exactitud.»

UNA GRAN VERGÜENZA

Suponemos que Mr. Charles Diosner impresionará, no solo películas del pasado, sino algunas del presente, y en ese caso, o se suprime el «Monumento a los Descubridores» o exhibiremos por el mundo esa manifestación prototipo de nuestra incuria y de nuestra incultura que se levanta frente al Monasterio de la Rábida, más para vergüenza de nuestros gobernantes que para glorificación de los que salieron del Tinto a la aventura más extraordinaria que recuerdan los siglos.

Desde 1.892—ya ha llovido—está sin acabar el Monumento, y desde entonces acá, bien ha escrito y pedido, y rogado y suplicado la Sociedad Colombina Onubense cerca de los Gobiernos, de los políticos, de las Corporaciones Oficiales... ¡Nada, clamar en desierto!

UN ACUERDO

No hace muchas noches la Junta Directiva de la Colombina, acordó comenzar una campaña incesante, dentro de España, para que, de una vez, terminara el bochornoso espectáculo de que los visitantes a los lugares Colombinos se vean detenidos ante un letrero que, afectando la misma forma—poco más o menos—del «Acotado» de nuestras dehesas, dice: «No acercarse. Hay peligro.»

En verdad que nada más pintoresco y extraño. Un monumento que no puede contemplarse porque el remate—se hizo de escayola, o por la prisa o por falta de dinero—se desbace y cae en pedruzcos amenazando acabar con el cristiano que se detenga a leer los nombres de los que fueron en las Carabelas, es muy español, muy típico y, debe seguir así para que continuemos siendo excepción.

La Colombina, pasadas las fiestas próximas de Agosto, requerirá la centésima y una vez más a

cuantas personalidades y corporaciones hay en Huelva para que consigan de los altos poderes se ponga término a lo que no ha debido nunca consentirse; y si no lo alcanzara utilizará entonces los ofrecimientos de los que quieren y pueden, y pedirá por el mundo *pro Monumento a los Descubridores* a fin de que no se acabe de destruir.

UNA CARTA

Excmo. Sr. Conde de Romanones, Presidente del Consejo de Ministros.

Excmo. Sr.: Unos renglones nada más, que el servicio de la patria no deja a V. E. disponer de mucho tiempo.

Las fiestas patrióticas Colombinas que se celebran en los primeros días de Agosto han de revestir este año excepcional importancia, siendo muchos los americanos que han de visitar la Rábida. Esta última circunstancia es ya merecedora de atención, pero hay algo más excepcional y este es el principal motivo de molestar la alta atención de V. E.

Leo en la prensa que los Ministros de Estado y Gobernación ordenan telegráficamente a los Gobernadores que den facilidades a unos ricos industriales norteamericanos que, con artistas yanquis y franceses, más el aparato, vestuario, barcos, armaduras, etc., vienen a impresionar una película cinematográfica, «Vida de Colón», «Conferencias en el Convento de la Rábida», «Salida de las Carabelas» y otros episodios de la vida del Almirante, utilizando más de 2.000 comparsas.

Está bien: se trata de una gran propaganda. Pero entre las cosas que la fotografía llevará por América, saldrá el «Monumento a los Descubridores», comenzado por nuestros Gobiernos en 1.892 y no concluido aún, y que el tiempo ha ido poniendo en un estado lamentable.

Pase, Excmo. Sr. Conde, que tal desdicha la veamos a diario los que aquí vivimos y los muchos nacionales y extranjeros que visitan la Rábida; pero que la exhiban por esos mundos... es de una vergüenza que sonroja y que los de esta tierra no debemos pasar sin protesta aunque esta sea la más respetuosa.

Cuando tuvimos el honor de que V. E. fuera huésped de Huelva, llamó, con el fino humorismo propio de los hombres superiores, vestales a los Colombinos, y yo que pudiera ser la primera vestal (siempre varón, Excmo. Sr. Conde) por ocupar, aunque inmerecidamente, la Presidencia de Sociedad tan benemérita, me creo en el deber de exponer a V. E. lo que sucede, para evitar que en los teatros de las grandes y pequeñas ciudades del Norte y Sur de América, aparezca en las telas de

los cines una columna conmemorativa en la que figuran las proas de las Carabelas que realizaron el hecho más grandioso de la historia, carcomidas, astilladas (se pusieron, provisionalmente, de madera), rotas; una esfera (simboliza nada menos que el haber España completado el planeta) de escayola que se cae a pedazos y unos indios (representan las tierras descubiertas) de escayola también, *trucidados* y hechos una lástima.

Perdóneme V. E., pero, por amor a España, por respeto propio, que se cubra ese Monumento, o que sea compasiva la película de la máquina fotográfica!

V. E., señor Conde—no sé adular—es de los privilegiados, tiene el sentido de las cosas, es una voluntad, quiere ser un gran español; séalo, y en uno de sus impulsos (V. E. es acción y la acción es lo que más vale en tierra de abúlicos) ordene que tape un andamiaje esa gran vergüenza y que aparezca se encuentra en obra. Se cubrirán siquiera las apariencias, aunque no nos engañemos los de casa.

Poner el ideal de la raza en el hispanoamericanismo y presentar los símbolos de él como chirimbolos de guardarropía, es casi macabro, si la palabra cabe tratándose de ideas.

Perdón Excmo. Sr.: por V. E. fué un Colombino en la Embajada que presidida por S. A. R. la Infanta Isabel, representó a España en la Argentina. Haga V. E. que no pasemos el bochorno de que se vea el mísero estado del «Monumento a los Descubridores» en estos días. ¡Ay, si fuera cosa que pudiera esconderse!

No por mí, que nada soy, por V. E. y por España, me produciría honda pena que V. E. no contestara a estas líneas.

Su admirador y modesto conocido que más de una vez tuvo el honor de estrechar la mano de V. E.,

J. Marchena Colombo

(Presidente de la Sociedad Colombina Onubense)

Huelva y Junio 22 1.916.

*
**

EL PRESIDENTE

DEL

CONSEJO DE MINISTROS

Particular

Sr. D. José Marchena Colombo.

Mi distinguido amigo: Leo su carta y declaro que tiene usted razón.

Hablo al Ministro de Instrucción Pública a fin de que vea con el mayor interés y con toda urgencia, si cuenta con medios para remediar aquellas

cosas que usted califica de tristes y que yo calificaría de algo peor.

Es suyo atento amigo y s. s. q. b. s. m.,

C. de Romanones

Junio y 1.916.

*
**

COMENTARIOS

No los necesita.

Tienen la palabra las Corporaciones Oficiales, los políticos, las clases directoras y el pueblo de Huelva.

«Esto Inés ello se alaba,
no es menester alaballo.»



Espanoles y Cubanos

Hemos recibido un folleto con este simpático título y al abrirlo nos hemos encontrado la siguiente

“ADVERTENCIA

El extenso artículo que sigue a estas líneas ha sido publicado poco hace en la Revista política literaria de Huelva, titulada LA RÁBIDA, cuyos trabajos en pró de la Intimidad Hispano-Americana y como autorizado órgano de la antigua y prestigiosa *Sociedad Colombina Onubense*, son de notorio valor.

Ese mismo artículo forma parte del volumen que dentro de poco se repartirá profusa y gratuitamente por España y América, en favor de una gran Política Hispano-Americana.

El libro se titula **El Poder de las Ideas.**“

*
**

Agradecidos y satisfechos en nuestra modestia, pero nos alegramos más aún por Huelva y por nuestra campaña.

En el anuncio de LA RÁBIDA se dice:

«Esta Revista aspira a dar a conocer los lugares Colombianos en todo el mundo, por lo que se repartirá gratuitamente en los centros de cultura y turismo de Europa y América, fomentando de este modo el turismo hacia Huelva, la Rábida, Paños, Moguer, etc., etc.

No tratándose de un negocio industrial periódico, sino de una labor de propaganda en favor de los intereses morales y materiales de nuestra provincia, tenemos el propósito de mejorar nuestra publicación en la medida del auxilio que se nos preste, que creemos no nos ha de faltar. Y si así no fuese tendríamos la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber. Además del número mensual publicaremos cuantos exijan las circunstancias.»

Y ahora una pregunta a nuestras clases directoras y a la opinión:

¿Llena LA RÁBIDA una misión que interesa a la vida moral y material de nuestra región?

Pues si es así, estamos en el momento de que se le preste atención mayor, a fin de ponerla al nivel de las muchas revistas que, patrocinadas por las Corporaciones Oficiales se publican en España y fuera de ella con el mismo propósito que nuestra revista.

Nosotros no desmayamos y hacemos cuanto podemos, pero en los cinco años que llevamos de existencia han cambiado las cosas y hay que hacer más.

Esperamos de las personas cultas, amantes de su tierra, que presten el apoyo que merece el esfuerzo que estamos realizando y que cada vez tiene que ser mayor porque mayor es el movimiento hispano-americano.



Los Exploradores españoles del siglo XVI

Este libro nos lo envía desde San Francisco de California don Juan C. Cebrián.

Don Juan C. Cebrián es un gran patriota; silenciosamente trabaja por España, más que la inmensa mayoría de los oradores que en el movimiento americanista buscan con la palabrería un medro personal.

Cebrián ha contribuido a la publicación de este libro en el que, siendo su autor un norteamericano, se hace más justicia a nuestros descubridores y conquistadores que en esos artículos de pacotilla y frase hecha escritos por españoles, hablando mal de España y su colonización.

«Los Exploradores españoles del siglo XVI» debieran prodigarse para que fuesen conocidos de cuantos aman a la Patria y siguen atentos el despertar de la misma en este momento crítico de la civilización universal.

La leyenda negra de nuestra historia que vá deshaciéndose a la luz de la investigación y de la sana crítica, ha recibido un golpe de muerte con la publicación del libro de que nos ocupamos, cuyo autor, Ch. F. Lummis, merece la gratitud, no solo de los españoles sino de todos los espíritus imparciales que ponen la verdad por cima de toda clase de prejuicios.

La dedicatoria de los traductores al señor Cebrián dice:

«Al distinguido ingeniero don Juan C. Cebrián de cuyo amor a España, acrisolado durante su larga ausencia en los Estados Unidos, son prueba evidente de la generosidad y largueza con que ha contribuido a la diseminación de obras de cultura en ambos países, sin otro objetivo que procurar el

adelanto de nuestra Patria, dedican la versión y publicación de esta obra como público testimonio de gratitud, sus leales amigos y admiradores *Ramón de S. N. Araluce y Arturo Cuyás* »

A la dedicatoria sigue un «A Manera de Prólogo» interesantísimo del maestro Altamira, después «Notas Biográficas» del autor y a continuación un «Prefacio» que transcribimos.

“PREFACIO

Porque creo que todo joven sajón-americano ama la justicia y admira el heroísmo tanto como yo, me he decidido a escribir este libro. La razón de que no hayamos hecho justicia a los exploradores españoles es sencillamente porque hemos sido mal informados. Su historia no tiene paralelo; pero nuestros libros de texto no han reconocido esa verdad, si bien ahora ya no se atreven a disputarla. Gracias a la nueva escuela de historia americana vamos ya aprendiendo esa verdad, que se gozará en conocer todo americano de sentimientos varoniles. En este país de hombres libres y valientes, el prejuicio de raza, la más supina de todas las ignorancias humanas, debe desaparecer. Debemos respetar la virilidad más que el nacionalismo, y admirarla por lo que vale donde quiera que la hallemos; y la hallaremos en todas partes. Los hechos que levantan a la humanidad no provienen de una sola raza. Podemos haber nacido donde quiera,—esto es un mero accidente;—mas para llegar a ser héroes, debemos crecer por medios que no son accidentes ni provincialismos, sino por la propia naturaleza y para gloria de la humanidad.

Amamos la valentía, y la exploración de las Américas por los españoles fué la más grande, la más larga y la más maravillosa serie de valientes proezas que registra la historia. En mis mocedades no le era posible a un muchacho anglosajón aprender esa verdad; aun hoy es sumamente difícil, dado que sea posible. Convencido de que es inútil la tarea de buscar en uno o en todos los libros de texto ingleses, una pintura exacta de los héroes españoles del Nuevo Mundo, me hice el propósito de que ningún otro joven americano amante del heroísmo y de la justicia, tuviese necesidad de andar a tientas en la obscuridad como a mí me ha sucedido; pero no habrá de agradecerme a mí, tanto como al amigo de ambos, A. F. Bandelier, maestro de la nueva escuela, (1) los siguientes atisbos de los hechos más interesantes de la historia. Sin la luz que este aventajado discípulo del gran Hum-

(1) Mr. A. F. Bandelier, el más erudito y mejor documentado de los historiadores de la América española, falleció en Sevilla durante el verano de 1914, y su viuda ha continuado allí, bajo los auspicios de la Fundación Carnegie, la labor de investigación en que se ocupaba su esposo.—(N. del T.)

boldt ha derramado con su erudición sobre los primeros tiempos de América, no hubiera sido posible escribir este libro, ni hubiese podido escribirlo yo, sin su personal y generosa ayuda.»

Estos renglones deben llevarte, lector, a buscar «Los Exploradores Españoles del siglo XVI» para que aprendas de plumas extranjeras a saber la verdad de lo que fueron un Cabeza de Vaca, un Cortés, un Pizarro y la legión innúmero de aquellos hombres de cuerpos de hierro y nervios de acero que, insensibles a la fatiga, a la sed y al hambre vencieron con la voluntad, a las fuerzas naturales encadenando al Destino con la palabra ¡Adelante!



DOÑA GEORGINA BLANES DE DIEGO

Esta doña Georgina,
desde cuya cabeza cae una lluvia fina
de dorados cabellos,
que ríen en las luces que se enredan en ellos;
esta doña Georgina, que cuantas veces pasa
cerca de nuestra casa,
ve con un gesto dulce cómo de cada puerta
de par en par abierta
sale una mano amiga, trémula de emoción,
—tal como si en la mano latiese un corazón—
para estrechar la suya con íntima efusión:
esta doña Georgina
tiene los firmes rasgos de una noble heroína.

Ella cruza los mares antillanos, colgada
de un brazo que se mueve lo mismo que una espada
y tiene una sonrisa que es como un galardón (da;
para los que incubamos la Confederación;
y alienta con su aplauso los discursos bravíos
en que corre la savia de inagotables bríos
con esa imperturbable dirección de los ríos.

Mañana, cuando sea
una magna y sonora realidad esta idea
gloriosa de agrupar
en un inmenso hogar
tres hogares aislados, de la misma manera
que se agrupan las olas al ganar la ribera;
mañana cuando surja, bajo el fecundo riego
de la fé sin fronteras del apóstol De Diego,
lo que sembró su mano
en el surco de cada corazón antillano...
entre todos los héroes del verbo y de la acción
que están, para el futuro, tejiendo un pabellón,
alzará su perfil de gallarda heroína
esta doña Georgina,
que recorre las tierras y los mares, colgada
de un brazo que se mueve lo mismo que una espada.

Emilio A. Morel

Santo Domingo, 1916.

Una réplica de José de Diego

Con verdadera satisfacción reproducimos la famosa réplica del insigne orador portorriqueño, motivada por un artículo de don Miguel de Zárrega, la que apesar de haber sido publicada recientemente por *A B C*, no podemos resistir el deseo de honrar con ella las columnas de nuestra Revista:

De mi raza y de mi Patria

A D. MIGUEL DE ZÁRREGA

I

Sorprendióme ayer un artículo publicado en el espléndido diario *A B C* por el insigne escritor don Miguel de Zárrega; se titula «El Caballero de la raza» y es un brillante artículo, lleno de aroma y de color, que tiene, sin embargo, como las toronjas de mi tierra, áureas y perfumadas, un sedimento de honda amargura.

Alguien, que no podía ser yo, me ha llamado bondadosamente, como Zárrega, el *Caballero de la raza*; me enorgullece el mote como el lema de un viejo escudo glorioso; pero no podría aceptarlo si no implicase, como implica, en su magnánimo sentido el de caballero de la Patria.

Paladín de una raza, y de una raza como la nuestra, sin serlo al par de la independiente soberanía de los pueblos que la constituyen, defender el idioma, las tradiciones, la fé, los elementos étnicos y sociales, cuanto concurre a la integración de la existencia y al desenvolvimiento del ideal de un grupo histórico de pueblos de un mismo origen, sin sostener al propio tiempo la independencia nacional y la confederación política o la hermandad espiritual de todos y cada uno de los pueblos raciales, sería un absurdo tan grande como luchar por el género sin la especie o sin la libertad por el decoro de la vida.

Debo inclinar la frente, en reverencia y agradecimiento de las bondadosas frases que el señor Zárrega me dirige, para erguirla inmediatamente, en rectificación de involuntarios errores que su artículo contiene, en reivindicación de la nobleza y del derecho de mi Patria.

Deplorablemente informado el notable escritor, afirma que Puerto Rico recibió a los norteamericanos con colgaduras y banderas, como a los dioses que habían de salvarla de tan OMINOSO YUGO.

Cuando, en la tragedia del 98, a punto ya de firmarse el protocolo de la paz en que España cedía a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico, entraban los soldados norteamericanos en la inde-

fensa ciudad de Ponce, abandonada por las fuerzas españolas, algunos, muy pocos, inconscientes amigos de las novedades turbulentas, pudieron batir palmas a los invasores; pero esos desgraciados representaban tanto al pueblo portorriqueño como al pueblo español aquellos otros desgraciados que recibían exultantes a las tropas francesas en Chamartín o daban suntuosos bailes en Burgos a los mariscales del Imperio.

La nación española estaba en los legisladores de Cádiz, en los soldados de Bailén, en los guerrilleros de Castilla; el pueblo portorriqueño estaba en su Cámara de Representantes, que enviaba, legislando bajo las bombas, como la isla de León, en los últimos momentos de la catástrofe, un mensaje de adhesión a la Reina de España; estaba en el silencio solemne de las infinitas pesadumbres, y no estaba en armas porque no las tenía y le fueron negadas en la última desconfianza del Gobierno español en Puerto Rico.

Si el señor Zárrega hubiese visto, como yo ví, a las gentes de la capital de la isla, febriles de entusiasmo patriótico, dominar con sus vítores a España el estruendo de los cañones de la escuadra de Sampson; si hubiese contemplado el heroísmo del oficial portorriqueño que arremetió en Mayagüez con una sola compañía a un regimiento norteamericano, la recta voluntad del señor Zárrega tributaría un homenaje a la lealtad del pueblo portorriqueño.

Yo era subsecretario de la Presidencia del Gobierno autonomista el 18 de Octubre de 1898, y estaba en el palacio del último gobernador militar español de la plaza, cuando a las tres de la tarde, en un día radioso, fué arriada del Palacio Ejecutivo la bandera española; un silencio de muerte suspendía la ciudad; lloraban algunas mujeres al paso de los últimos soldados hispanos, y unos de ellos, desde el Arsenal, al tiempo de saltar en la embarcación con rumbo al buque que había de repatriarle, lanzó un ¡Viva España!, que se prolongó y resonó en los ámbitos con la imponente y la majestad del último grito de una epopeya... Y así fué, que, alumbrando por segunda vez el Atlántico, retornó de Puerto Rico a España, después de cuatro siglos, la sagrada bandera de la nación madre y maestra del mundo americano.

En las purpúreas franjas de la bandera española hay sangre portorriqueña: San Juan, Arecibo, Aguadilla, pelearon contra ingleses y holandeses por la integridad de España; un jefe de Milicianos portorriqueños, el capitán Correa, como cierto Rey lombardo, echó su caballo al mar y lanceó en sus propios barcos a los fugitivos invasores; en las guerras dinásticas, otros portorriqueños lucharon

por la libertad de España; ahora mismo, en Marruecos, generales, coroneles, soldados portorriqueños perpetúan con su sangre el fulgor de su bandera.

No es tiempo ya de hablar del yugo, sino del amor de España. Yo fui partidario siempre de la independencia de mi tierra; pero debo reconocer que España fué la única nación que pudo ostentar sobre mi Patria un derecho legítimo de soberanía. No somos ya españoles, y no podemos ser pertenencia de otra nación, sino pura e inquebrantablemente portorriqueños.

Lo queremos ser y lo seremos. ¿De cuál manera? ¿En qué relaciones con los Estados Unidos? ¿En qué solidaridad con España y con todos los pueblos de nuestra raza? Mañana se lo diré al meritísimo escritor en esta revista, si el director de ella es tan amable que le permita romper una segunda lanza por su derecho al *Caballero de su Patria*.

José de Diego



Colonia Agrícola "La Alquería"

Hemos dicho varias veces en esta revista que don Andrés Buisán es un ingeniero agrónomo que hace honor al cuerpo a que pertenece, y hoy añadimos más: el señor Buisán es un español que ojalá hubiera muchos como él.

Ese hombre pequeñito, modesto, afable, que no se exhibe nunca y que si se habla con él parece que quiere ocultarse, es un trabajador impenitente, una gran inteligencia, un enamorado de su profesión y un amante decidido del engrandecimiento de su patria por la que labora calladamente un día y otro, predicando con el ejemplo, para que no haya terrenos yermos, se repueblen los campos, se fomente la agricultura, se liberten los trabajadores de los caciques, se asocie el pequeño agricultor para acabar con la usura y nuestras tierras produzcan lo que deben producir, curando al labriego de la rutina.

Los amores de Buisán son la campiña y la independencia del campesino por la cultura, como se vé en la Memoria publicada no hace mucho tiempo por el distinguido ingeniero y que elogiamos en nuestras columnas.

Aquellos anhelos van tomando realidad—¡querer es poder!—y la dehesa de La Alquería será una Colonia Agrícola donde las familias de labradores pobres de Huelva y su partido judicial, en primer término, pueden encontrar medios de vida. Los beneficios de la Colonia son muy grandes, no solo para el colono y su familia sino para la región y para la patria, porque disminuye la emigración,

convierte en productiva la tierra inculta y puebla los campos, convirtiendo en parajes feraces lo que antes era poco menos que desierto.

Muy inculto es el campesino andaluz y además le queda algo de sangre musulmana y tiende a esperar todo de la Divinidad—lo que Dios quiera—pero si se entera de lo que representa la Colonia Agrícola, acudirá solicitando un lote en la Colonia que es hogar seguro y pan para los hijos.

Bien hace el señor Buisán; así todos los profesionales ejercieran con la misma fé y el mismo entusiasmo sus profesiones.

Otra cosa sería.



El "Canto de las Piedras" (*)

Hay un sitio en las costas de Agudilla,
al pié de una montaña de granito
y a poco trecho del lugar bendito
en que duermen los muertos de la Villa;

Un sitio entre las rocas, do se humilla
la onda que bate al duro monolito,
y es perenne el rumor y eterno el grito
que se oye en toda la escarpada orilla.

Cuando, al sordo fragor del oleaje,
allí las tempestades se quebrantan,
vibra más fuerte el cántico salvaje:

El himno de las piedras, que levantan
las que su nombre dieron al paraje...
¡porque en mi pueblo hasta las piedras cantan!



A ESPAÑA

I

A través del Atlántico desierto,
veo tu imagen, que la niebla esfuma,
rígida hundirse entre la blanca espuma,
Cristo yacente en el sepulcro abierto.

¿Has muerto?—Sí.—Como Jesús has muerto,
para surgir con la potencia suma...
¡Bajo la sombra, que a tu cuerpo abruma,
tu espíritu inmortal brilla despierto!

¿Quién celebra en América tu muerte?
¿Quién maldice el altar de tu memoria?
¿Cuál de tus hijos te injurió con saña?

¡Ah, miserable ciego, que no advierte,
como un río de luz sobre la historia,
la mirada de Dios guiando a España!

(*) Del libro *Pomarrosas*.

II

Guíate al bien, al porvenir dichoso,
con la enseñanza del dolor: tu llanto
es un nuevo bautismo, tu quebranto
es redención y tu quietud reposo.

¡Término al sacrificio generoso,
la cruz es una escala al cielo santo,
y el último gemido empieza el canto
de la ascensión; el renacer glorioso!

¡Oh, madre de naciones! Llega el día
de tu imperio feliz: de tu alma oriundos,
cien pueblos glorifican tu destino...

¡Y, centro de la luz y la armonía,
gira hacia tí, como hacia el Sol los mundos,
el Universo de tu Sol latino!!

José de Diego



Quatrieme causerie pour les refugies belges de Pau

Le résumé des Capitulations du 17 Avril 1492 dont nous avons parlé dans la présente causerie est le suivant:

Don Fernand et Doña Isabelle, como seigneurs de l'Océan concédaient á Colon durant sa vie, et á ses héritiers et successeurs á perpétuité, l'emploi et le titre d'Amiral de toutes les terres et continents á découvrir dans l'Océan, avec les memes honneurs et prérogatives que le Grand Amiral de Castille dans son district.

Colon serait en outre Vice-roi et gouverneur des dites terres et continents, avec privilége de proposer á la Couronne trois candidats pour le gouvernement de chaque île ou province parmi lesquels le souverain choisirait.

Le droit exclusif de juridiction dans toutes les affaires mercantiles du territoire de l'Amirauté lui était dévolu.

Enfin il lui était fait donation anticipée de la dixième partie de tous les produits et gains obtenus par échange, achat ou conquête dans le ressort de l'Amirauté, plus un huitième lorsque l'Amiral contribue ait aux dépenses dans la même proportion.

La Couronne offrait á Colon deux bateaux équipés pour le boyage de découverte avec liberté d'en armer un troisième á ses frais.

Colon ayant décidé de partir du port de Palos, près la Rábida, une «Real pragmática» du 30 Avril 1492 enjoignit aux autorités de la dite ville de

préparer deux caravelles et de les mettre a la disposition de l' Amiral de l' Océan.

En dépit des ordres royaux les autorités de Palos refuserent, d' obéir et bien que de nouveaux ordres eurent enjoint aux autorités maritimes de se saisir de tout bateau apte au voyage de découverte, les choses tournèrent au pire et pour un temps il sembla a Colon que de nouveau son grand projet avait avorté au moment même où tout semblait le favoriser.

Fort heureusement l' armateur de Palos Martin Alonso Pinzon mit á la disposition de l' Amiral ses bateaux, sa fortune et son crédit, et peu de temps après les trois caravelles glorieuses la Santa María, la Pinta et la Niña, équipées complètement et prêtes au grand voyage se balançaient sur les eaux du Rio Tinto en attendant de partir pour la mémorable expédition qui devait donner á la Couronne de Castille et de Léon un nouveau monde et cumblar les espérances, jusqu' alors tant de fois déçues, du grand Gênois.

D. Ory



CUMPLIMENTADO

Madrid, Junio 1916.

Sr. D. José Marchena Colombo. = Presidente de la Colombina de Huelva.

Mi distinguido Presidente y amigo: El 22 del actual hice entrega del elocuente y patriótico mensaje que condensa el sentir de la Sociedad Colombina, a nuestro ilustre amigo Dr. José de Diego, que con visible emoción leyó el documento, teniendo frases de gran afecto para usted y de gratitud para los que en Huelva y bajo la bandera de la Colombina laboran por la fusión espiritual y por la compenetración material de la Madre España con sus hijas de América.

José de Diego, cuya salud se encuentra quebrantada por la grave enfermedad sufrida, me ofreció solemnemente realizar el viaje a Huelva en la fecha convenida, pues espera para entonces estar en condiciones de salud que le permitan presidir el tradicional Certamen y después visitar los lugares Colombinos, visita que como manifestó a usted y volvió a repetirme, constituye para «El Caballero de la Raza», desde que llegó a España, uno de sus anhelos más intensos.

Por mi parte y después de haber tenido la fortuna de oír al gran orador en el Ateneo de Madrid, Centro de Cultura ibero-americano, solo me resta manifestar a usted y a mis dignos consocios de la Colombina Onubense, que recibirán una gratisima

impresión al escuchar la maravillosa palabra de esta figura mundial que por sus prestigios y por la magnitud de sus obras ocupa un lugar preeminente en la alta política ibero-americana.

De usted con el mayor afecto se despide el Correspondiente y devoto amigo q. e. s. m.,

José L. Hernández Pinzón

*
*
*

Recibida la carta de nuestro distinguido colaborador y entusiasta Correspondiente de la Colombina en Madrid, el conocido publicista y marino ilustre señor Pinzón, nos escribe don José de Diego la que a continuación publicamos:

Barcelona 1916.

Sr. D. José Marchena Colombo

Huelva

Ilustre y querido amigo: Después de mi llegada a Barcelona, ésta y otra para don Rafael María de Labra son las primeras que escribo, en mi deseo de comunicarme con los dos buenos amigos de quienes tantas bondades recibiera.

Recibí la muy amable invitación oficial de la Academia Colombina, así como la carta de usted y la grata visita de Pinzón, tan noble y afectuoso como siempre.

Mi salud ha quedado profundamente quebrantada: por consecuencia de la pulmonía, estoy sufriendo una fuerte inflamación y agudos y continuos dolores en las piernas, al extremo de que no puedo dar diez pasos seguidos.

Estoy bajo el tratamiento de reputados doctores y espero ansiosamente alentarme en el más breve plazo posible; tengo el fervorosísimo propósito de concurrir a las magnas fiestas de esa ciudad el 3 de Agosto y solo podría impedírmelo una absoluta imposibilidad física.

No quiero de ningún modo seguir mi peregrinación hacia América, sin haber fortalecido mi espíritu con el ambiente de los «santos lugares Colombinos» y el consejo y la cordialidad de los esclarecidos varones que, como usted en primer término, y todos los insignes miembros de la Academia, mantienen vivo en esas gloriosas orillas el culto a la grandeza de la raza descubridora, en el hecho más alto de Historia humana, después del Nacimiento del Rendentor del Mundo.

Espero en Dios que me permitirá acompañarles en la glorificación del sublime día. Entre tanto, presente mi homenaje de afecto y gratitud a la Academia y reciba usted un abrazo de su admirador y amigo,

José de Diego



SUeltos

Las Fiestas patrióticas del próximo Agosto.

En Junta celebrada por la Sociedad Colombina Onubense se acordó nombrar los siguientes Jurados para calificar los trabajos que se presenten a los próximos Juegos Florales:

Para los temas de Poesía y Literatura.—Don Lorenzo Cruz de Fuentes, don Alfredo Blanco, don José Soriano y don Juan Domínguez.

Para los temas de Pedagogía.—Don Lorenzo Cruz, don Ricardo Terrades Plá, don Manuel Lazo Real y don Modesto Pineda.

Para los temas de Pintura y Dibujo.—Don Manuel Siurot, don Juan Cádiz, don Manuel Garrido Perelló y don Pedro de Seras.

Para los temas de investigación Histórica.—Ilustrísimo señor Presidente de la Audiencia de Huelva, don Ricardo Terrades Plá, Fr. Gilberto Blanco y don Juan Domínguez.

Para los temas de Beneficencia.—Señor Arcipreste de Huelva, don Juan Cádiz Serrano y don Pedro de Seras.

Para los temas de Intercambio Comercial.—Señor Comandante de Marina de Huelva, don José Soriano, don Luis Losada y Ortiz de Zárate y don Gabriel Rodríguez.

*
**

El distinguido Abogado y Catedrático don Ricardo Terrades Plá, ha sido elegido por la benemérita Sociedad, Presidente de la Comisión organizadora de las fiestas patrióticas que han de celebrarse el próximo Agosto.

Las grandes dotes del señor Terrades y su amor a la cultura son garantía del éxito de las fiestas, en las que todas las clases de Huelva están interesadas.

*
**

Se han comenzado a recibir objetos artísticos destinados a premiar los trabajos que alcance tan honrosa distinción en el mundial Certámen Colombino Hispano-Americano.

Esta fiesta realizada por la reina y las damas, reviste una solemnidad extraordinaria.

Contando con los ingresos que en ella se obtienen, la Comisión de fiestas no perdona medios para darle el mayor esplendor.

*
**

La hermosa y artística decoración que sirvió de marco a los Juegos Florales Colombinos en el

pasado Agosto, será modificada en parte, a fin de que resulte con mayor propiedad.

*
**

Se dice que será Reina de la fiesta en los Juegos Florales, una dama de gran belleza que su esposo ostenta brillante posición económica y política.

Las damas, distinguidas y bellas señoritas formarán con la Reina una ideal Corte de Amor.

*
**

Se han comenzado a recibir trabajos para el Certámen Colombino, algunos de ellos de extraordinario mérito; lo que prueba sigue la honrosa tradición de una fiesta que ha contribuido a hacer luz sobre puntos grandemente debatidos acerca de la vida de Colón en España, así como del periodo heroico de la conquista de América y hoy de las relaciones comerciales.

Las Memorias de la Sociedad Colombina tienen un gran valor en la historia de cuanto se relaciona con el Descubrimiento; es lástima que, por falta de medios, la benemérita Sociedad no pueda publicar algunos de los trabajos premiados en estos últimos años.

¿Caería en el vacío la idea de una suscripción?

*
**

El Presidente de la Comisión de fiestas Colombianas señor Terrades ha celebrado varias conferencias con el Alcalde para tratar del Programa.

La Colombina con los recursos que cuenta no puede hacer más que cumplir su Reglamento y con grandísimo esfuerzo, pues viene de años anteriores arrastrando un déficit de cerca de 3.000 pesetas y su vida interna exige cada vez mayores atenciones y trabajos si la Sociedad ha de ser lo que debe.

◆

En Lisboa, donde se encontraba accidentalmente, ha fallecido don Manuel Feu Casanova, uno de los fundadores de la conocidísima casa de comercio de Ayamonte Feu Hermanos.

Unidos por vínculos de familia con los Feu Casanova, participamos del dolor de su apenada viuda, doña Matilde Marchena, y de su hijo el diputado provincial don Manuel Feu Marchena, su hija doña Andrea, hermanas, sobrino don Cayetano Feu Marchena y demás parientes del difunto, el que, por sus excelentes cualidades mereció el cariño de cuantos le trataron en vida.

El cadáver fué conducido desde Lisboa, donde lo acompañó a la estación el Ministro de España en Portugal Excelentísimo señor don Antonio López Muñoz y su Secretario don Julián Monís, hasta

Ayamonte; siendo el acto del sepelio una verdadera manifestación de duelo al que se asoció la ciudad entera, y representaciones numerosas de pueblos del partido y de Huelva, así como de Aullón, Villareal y Portimaho y del mismo Lisboa.

Entre las coronas que cubrían el féretro había una de nuestro Director, que por dificultades insuperables no pudo asistir al entierro.



En la madrugada del 26, dejó de existir a la edad de 56 años, la virtuosa señora doña María Perelló Victory, esposa que fué de don Manuel Garrido Pérez, persona conocidísima y de las más respetables y estimadas en Huelva.

La muerte de doña María Perelló, que gozaba del cariño de cuantas personas la trataron en vida por la bondad y llaneza de su carácter, así como por sus caritativos sentimientos, ha sido sentidísima.

El sepelio del cadáver constituyó una verdadera manifestación de duelo, figurando en la numerosísima concurrencia personas de todas las clases sociales.

Llevaron las cintas del suntuoso féretro, los señores Oliveira Dominguez, Rebollo Orta, Calle, Sánchez Hernández, Ruifernández y Morano.

La presidencia oficial la formaban, el Gobernador civil señor de la Rosa, Alcalde señor Vázquez de la Corte, Arcipreste señor Muñoz, párroco de la Concepción señor Román Clavero y los señores García Carrión, Montenegro y García y García (D. G.), Presidente, Director facultativo y Secretario, respectivamente, de las Obras del Puerto.

La presidencia de familia estaba constituida por el hijo de la finada don Manuel y los señores Gonzalo Garrido, López Gómez (don Joaquín y don José), Mora Claros, Marchena Colombo, Calatrigo y Coto.

También asistió al sepelio una sección de la Guardia municipal al mando del señor Lallave.

Dios acoja el alma de la que no supo hacer más que bienes y reciban su atribulado esposo, nuestro querido amigo don Manuel, hijos y demás distinguida familia doliente, la expresión de nuestro sincero pesar por la desgracia que les affige y en la que saben tomamos partes don Pedro y don Manuel Garrido Perelló, que en la Redacción de LA RÁBIDA los consideramos como personas de nuestro más hondo afecto.



En la noche del 27 falleció a los 72 años de edad, la virtuosa señora doña Antonia Garrido de Luna, madre de nuestro muy querido amigo don Agustín Moreno Garrido, impresor de LA RÁBIDA y

esposa del conocido y respetado Maestro jubilado y escritor público don Agustín Moreno Márquez.

Las simpatías de la familia Moreno se pusieron de manifiesto en el acto de la conducción del cadáver.

Descanse en paz el alma de la finada y reciban su atribulado esposo y sus hijos don Francisco y don Agustín, así como toda su distinguida familia, la expresión de nuestro más sentido pésame.



Hemos recibido un atento B. L. M. del nuevo Alcalde Presidente, don Nicolás Vázquez de la Corte.

Persona culta el señor Vázquez de la Corte, puede y debe esperarse mucho de su gestión en la Casa Municipal en beneficio de cuanto represente enseñanza, educación, costumbres, estética, que son las cosas de que está más necesitado nuestro pueblo.

¡Con qué gusto ayudaríamos a don Nicolás en esa labor!

Damos las gracias al señor Alcalde por el ofrecimiento que nos hace en su cortés B. L. M.



Nos escriben algunos americanistas distinguidos que a serles posibles visitarán los lugares Colombianos en las próximas patrióticas fiestas.

Con verdadero gusto veríamos realizado dicho ofrecimiento.



¿Podría nuestro Alcalde hacer que la calle de la Concepción una vez entoldada se regase por los barrenderos y se estableciera un vendedor de flores?

Sería muy artístico y muy culto.

También podría hacer porque se entoldaran las calles de Tetuán y Palacios.

No hay que olvidar es el verano la nota más interesante de nuestra ciudad, siendo grande la animación que reina en ella desde la segunda quincena de Julio hasta terminar la primera de Septiembre.

¿Seremos complacidos?

ANUNCIOS BREVES

Servicios de carruajes: Está a disposición del público en la plaza de las Monjas, durante el día y la noche, el esmerado servicio de coches propiedad de don José Vizcaya.

Imp. de A. Moreno, Castelar, 23.—HUELVA